

ASCENDIDO AL CORAZÓN DE TODOS Y DE TODO
SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR
4 de Mayo de 2.008

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado.

Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban.

Acercándose a ellos, Jesús les dijo: Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Mateo 28,16-20

Conscientes de que la Ascensión de Jesús a los Cielos es permanencia de Cristo con Nosotros, queremos hacer justicia a ese Misterio Cristiano, reconociéndonos como el cielo colectivo a que el Padre ha ascendido a su Hijo Jesús. No son principalmente cielos espaciales, no son ante todo lugares estelares, hacia los que ha sido arrebatado Cristo. Ha sido a las cosas todas, los hombres todos en especial, al Seno omnicomprendido de Dios, adonde un trozo de nuestra tierra y un "ejemplar" de nuestra humanidad ha sido "meteóricamente" ascendido, apoteósicamente promovido.

Cristo ha sido ascendido a los cielos. Es decir, Cristo está en Dios y en nosotros operando desde nosotros la progresiva ultimación, la esperada plenificación de todo y de todos. Somos nosotros, los hombres, el término de su ascenso, lo mismo que lo fuimos de su descenso. Y está sentado, trascendiéndonos, a nuestra derecha y a nuestra izquierda, por encima y por debajo de nosotros, por dentro y por fuera de todo hombre y de toda cultura.

Y es que Dios Padre, sentándolo a su derecha, elevándolo a su nivel, incorporándolo a su forma existencial de Dios, le ha dado a su Hijo Jesús todos los tiempos y todos los espacios, todas las cosas y todas las personas como "lugares" agraciados en los que irrumpir y de los que emerger su Espíritu. Y de esta forma podemos afirmar que Cristo ha quedado gloriosamente mundanizado, misteriosamente eclesializado. Y que, al dirigir los ojos al cielo viéndolo subir, los bajamos hacia la tierra, hacia los hombres, hacia la Comunidad eclesial, tratando de reconocerlo entre tantas y tantas nubes y velos que lo velan y revelan a la vez.

Lo podríamos decir con aquello del poeta: "Nuestro canto asciende a más profundo, cuando abierto a todos los aires ya es de todos los hombres". Porque algo, pero más, es Cristo Ascendido a quien hoy celebramos desde una ascensión participada

y comunitaria. Es marcharse y quedarse. Es a especie de una universalización singular de Jesús. Es la desaparición del Cristo visible, para convertir al mundo todo, a la naturaleza y a la historia, en mostraciones suyas, en apariciones suyas, en realidades gloriosas y sacramentales de Él...

¡Qué cerca de ascender a Dios y de ascender a los hombres, cuando nosotros, renunciando a los falsos cielos del poder, del acaparar y del placer, ascendemos al lugar del servicio, tras una reñida competición por lograr los últimos puestos, los primeros cielos, como peana enaltecadora del hermano y trampolín de exaltación fraterna.

Juan Sánchez Trujillo